

ANDRES BELLO

ITINERARIO DE UNA VIDA EJEMPLAR

por Eugenio Orrego Vicuña

EL sentido del perfecto equilibrio intelectual, la organización armoniosa del trabajo, la búsqueda razonada del ideal y su adaptación a los límites de lo posible — condición esta última que denota al perfecto hombre de Estado — constituyeron lo fundamental de la personalidad de don Andrés Bello. Tipo del maestro antiguo, según el acertado decir de uno de sus biógrafos, reunió en sí talentos y virtudes que rara vez se aunan en un mismo hombre, y que en su caso revelan algo muy próximo al genio, si no el genio mismo.

Bello fué maestro, jurisconsulto, filólogo, escritor, poeta, internacionalista, hombre de Estado. Por su dominio en ciencias diversas logró nombradía de humanista; por sus virtudes íntimas, traducidas en una suerte de sacerdocio de la cultura, llegó a alcanzar enorme prestigio en la juventud, y por su propia labor de gabinete, en contacto con las clases dirigentes de Chile, en años en que era el país más importante de Sudamérica, pudo trazar normas de política internacional e influir en la marcha del continente.

Su vida es de aquellas que pueden considerarse ejemplares en todos sus aspectos.

Nacido en Caracas en 1781, en el seno de una familia distinguida y modesta, cuya medianía económica era compensada con el prestigio intelectual de que gozaba el jefe, fueron sus padres don Bartolomé Bello, jurisconsulto y músico de nota,

autor de una misa que aun se ejecutaba en Venezuela a fines del siglo XIX, y doña Antonia López, mujer que se distinguió, al decir de Amunátegui, por «los frecuentes dolores de cabeza y la longevidad».

Creció en la turbada hora de queda de los últimos días coloniales, cuando las inquietudes revolucionarias empezaban a agitar las capas más profundas de la vida americana. Apenas tuvo juventud. No supo casi de los halagos, de las vibraciones pasionales, del fuego que embellece y turba los días de la mocedad. Sólo un breve romance, trunco, dió a esos años de iniciación el prestigio de un recuerdo de amor que no se borraría. Su etapa venezolana fué de estudio intenso e ininterrumpido. Libros, lenguas aprendidas sin maestro, un esforzarse por saber y por ser, un anhelo constante de superación. Tanto se cultivó que fué maestro de Bolívar; tanto supo, que alcanzó, adolescente todavía, cargos de confianza en la secretaría de los últimos gobernadores españoles de su tierra. Y así pasaron los primeros años, así corrió el término de la adolescencia: trabajo, estudio, un breve amor callado, algunos versos románticamente dichos en la tertulia literaria de los Bolívar o en salas con olor a sahumero y madre selva de la vieja casona de los Uztariz...

Eran versos imitados de Virgilio.

*¿Qué delirio; qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
seguir el humo y detener el río.*

Llegó la tempestad. Derrumbóse con estrépito el mundo viejo y en la hora de las suprémas decisiones fué a reconocer filas entre los rebeldes. Junto con la juventud caraqueña se alzó su espíritu, empapado en anhelos de justicia que nunca se extinguirían en él. La Junta de Gobierno de 1810 lo designó miembro de la embajada que, bajo la presidencia del coronel Simón Bolívar, se proponía enviar a Londres. Y una mañana abandonó para siempre la tierra en que había nacido.

La misión Bolívar - López - Bello no logró triunfos diplomáticos de resonancia, pero obtuvo — ¿qué éxito mayor? — la adhesión del general Miranda y su promesa de marchar a Venezuela para encabezar los ejércitos de la libertad.

Bolívar regresó. Bello permaneció en Londres con López Méndez, su otro compañero de misión, y la estadá en la ciudad de la niebla le duró diecinueve años.

Fué una nueva etapa. Fué la etapa decisiva; la epopeya de los máximos esfuerzos y de las grandés pruebas. A lo largo de cuatro lustros, Bello se enfrentó con su destino en trágica y renovada tensión de todo su ser. Luchó con todo; hizo cara a la penuria económica, a la miseria misma, con heroísmo mucho mayor del que se requiere en los campos de batalla. Casó dos veces, con mujeres británicas — una de las cuales, doña Isabel Dunn, le acompañaría hasta su muerte—. Tuvo hijos; perdió algunos, llevados por la tuberculosis y la pobreza. Y en medio de contrariedades y sufrimientos indecibles, de crisis espirituales que llegaron alguna vez a amargar sus propias convicciones religiosas, tan hondas y arraigadas, en medio de la tremenda lucha por el pan, nunca fácil, en carrera hasta con el hambre, que amenazara su hogar más de una vez, Bello se dió tiempo para estudiar. Mejor dicho, hizo del estudio su refugio. Acudió a diario al British Museum, se entregó a los libros y a las letras con ardor, con encarnizamiento. Dejó la juventud entera junto a los viejos libros, a los archivos polvorosos, a los manuscritos apolillados. Y ese ardor heroico se convirtió en pasión, la pasión del estudio, la pasión y el amor de una vida consagrada a la cultura.

Para que mejor pueda apreciarse el temple moral de Bello, véase este párrafo de una carta suya a Bolívar, escrita en Londres: «Mi destino presente no me proporciona sino lo muy preciso para mi subsistencia y la de mi familia, que es ya algo crecida. Carezco de los medios necesarios aun para dar una educación decente a mis hijos; mi constitución, por otra parte, se debilita; me lleno de arrugas y canas; y veo delante de mí, no digo la pobreza que ni a mí, ni a mi familia nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad...»

¿Y Bolívar? ¿Cómo correspondió a su compañero y antiguo maestro? El Libertador fué recorriendo una a una las estaciones de su gloria. Al conjuro de su voluntad se alzaban ejércitos y se ganaban batallas. Las plazas españolas iban cayendo en sus manos y sus gritos de liberación vibraban en todos los ámbitos de América. Pero con el poder, con la embriaguez del triunfo, vino el olvido, vinieron los chismes tan

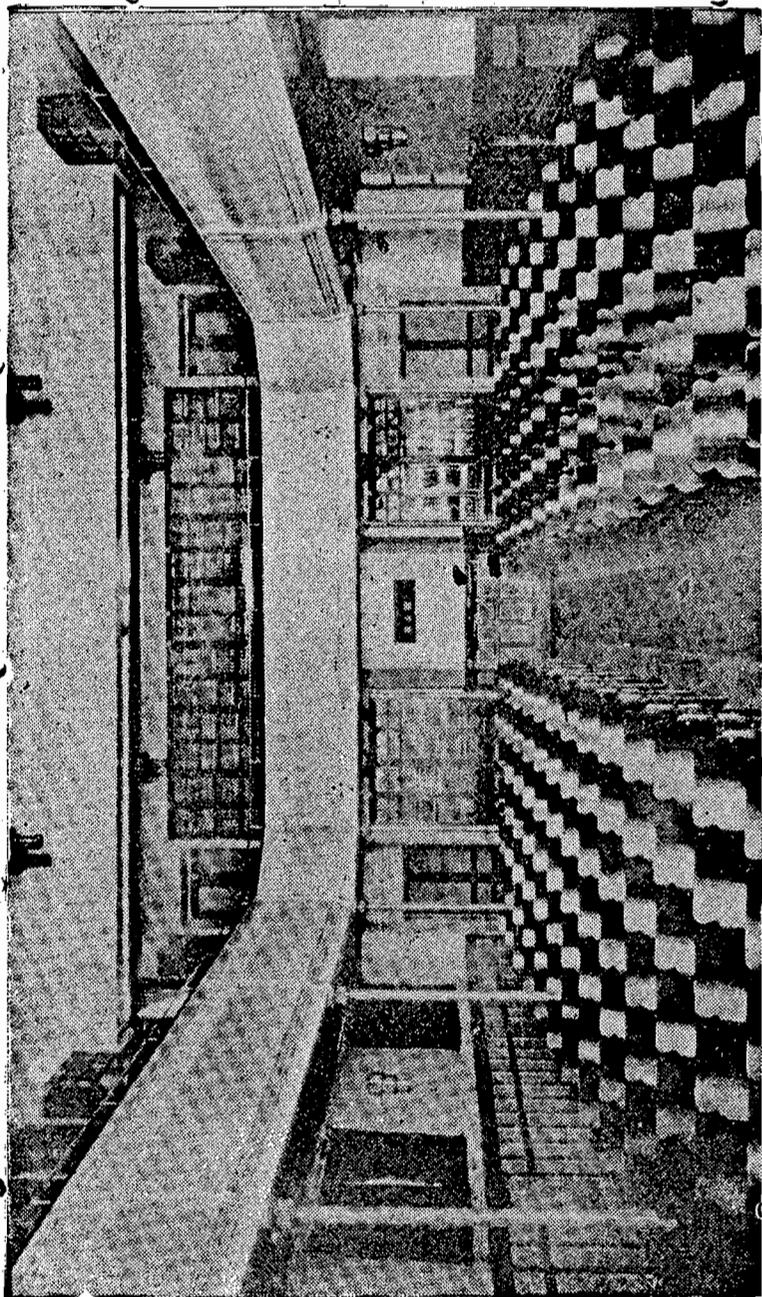
sudamericanos. Se le dijo que Bello no era lo suficientemente adepto, acaso que su pluma no registraba los necesarios tonos laudatorios. Y el Libertador le volvió la espalda con excusas pueriles, con excusas que en hombre semejante eran inexcusables.

Entretanto, Bello se acercó a la Legación de Chile, alternó con sus representantes, se ganó la confianza del ministro Irissarri, y más tarde, a vuelta de alternativas varias, la amistad de don Mariano Egaña, sucesor de aquél. Sirvió el cargo de secretario, a cuya sombra nacieron algunos de sus hijos, y poco a poco — en esa época en que los nacionalismos y las particularidades eran menos agudas y el título de americano marcaba una suerte de supernationalidad, como ocurrirá mañana —, fué sintiéndose tan chileno como venezolano.

Y al fin, por decisión de su libre espíritu y por acuerdo de la ley, se hizo definitivamente chileno.

Los años de Londres fueron de preparación, de perfeccionamiento para su obra futura. Londres desempeñó, insistamos, un papel considerable en el proceso intelectual de Bello. Realizado el de su formación en Venezuela, durante la primera treintena de su vida — período de cristalización en que los hombres que hacen historia se encuentran definitivamente frente a su destino, al sentido íntimo de su destino — el de su madurez se desarrolló principalmente en la ciudad del Támesis. Al abandonar las costas inglesas era ya un hombre en posesión de todo su acervo.

Esos diecinueve años de Inglaterra fueron, pues, en cierto modo, fundamentales. Calidades y características allí se acentuaron; las correcciones y desviaciones posibles de allí salieron. El ambiente londinense se mostró propicio al desenvolvimiento pleno de su personalidad. Nada original, nada que no estuviese ya en germen en los tiempos de Venezuela, pudo formarse en Londres. Pero allí maduró su genio y eso era también fundamental. De aquella inmensa urbe en que las fuerzas del capitalismo liberal, o demo-liberal, llegadas a su más alto desarrollo, se han tocado y convivido durante más de un siglo con recias supervivencias feudales, salió un hombre completo; salió, armado de todo su espléndido caudal de aptitudes, el *Civilizador*. Las matrices eran las mejores que podían



Sala de Conferencias de la Universidad de Chile

encontrarse en el comienzo del siglo XIX, el fruto perfecto. Faltaba sólo el escenario y Chile lo proporcionó.

Una gestión inteligente y oportuna del ministro Egaña, plenipotenciario de Chile ante la corte de Saint James, puso término a la etapa londinense de Bello. Celebrado por éste un contrato con el gobierno chileno, que le aseguraba una prestigiosa y cómoda situación pecuniaria, se embarcó rumbo a Valparaíso.

En 1829 se inició, con ese viaje, la tercera etapa de su vida, que sería la de la plena producción, la de la cosecha espléndida, la del buen logro. Había sonado la hora de las realizaciones.

El maestro iba a reemplazar al estudioso y al luchador.

Físicamente, era Bello, al tiempo de partir a Chile, un hombre fuerte, de recia y sana contextura, trabajada por el sufrimiento y restaurada por la sobriedad de hábitos que tiraron siempre a lo patriarcal. La frente amplísima y muy despejada, los ojos ovalados, de sereno y profundo mirar, como hechos al buceo de las almas y a sumirse largamente en el estudio de los hombres y en la contemplación de la naturaleza. La nariz era aguileña, la boca fina, redonda la barba; el pelo, ligeramente ondulado, dejaba caer sueltas hebras entrecanas sobre la calva. La voz armoniosa y grave, diestra en el buen decir; los ademanes reposados, el gesto elegante. . . .

Al llegar a Chile, se encontró Bello con una situación de caos político. Eran los postreros días del régimen liberal sostenido por los hombres que independizaron al país, y el gobierno del Presidente Vicuña se debatía en medio de dificultades y peligros. Poco tiempo después, conducida por la mano de Portales, el dictador de hierro, la aristocracia conservadora se instaló en el poder, en cuyo solio se mantendría más de medio siglo. Portalés, que a fuer de hombre de Estado verdadero, sabía que sólo merecen ese título quienes se rodean de los más aptos, descubrió a Bello y lo conservó a firme en la Subsecretaría de Relaciones Exteriores.

Y viene a propósito afirmar que Bello no militó nunca en las filas conservadoras. Tenía sí profundas convicciones religiosas, como suele ocurrir a la mayoría de las mentalidades

esclarecidas que el dolor probó. En el orden político sirvió con lealtad al régimen imperante, con la misma lealtad con que hubiera servido al régimen liberal. En el fondo sentía horror por la anarquía que se había desencadenado por toda América con diversos disfraces de estilo patriótico, destruyendo en Colombia la obra de Bolívar. Quería paz y disciplina para realizar su magisterio, para llevar a buen término su obra de culturación. De ahí su apoyo a una oligarquía en que figuraron hombres tan notables como Egafía, Bulnès y Montt, fuera del propio Portales.

En realidad, Bello era liberal. Amaba la libertad, pero deseaba mantenerla dentro de un límite prudente. El ejercicio de una libertad sin caos, le permitiría trabajar en pro de la culturación americana y de la chilena, en especial.

La tarea no le fué fácil. Había un mundo por hacer y obstáculos de todo género que eliminar, entre los cuales cabía contar las pasiones políticas encendidas, los prejuicios heredados del coloniaje. Bello puso valerosamente manos a la obra y construyó — en el terreno de la cultura — un edificio que puede tener iguales, pero no superiores en América.

Examinemos someramente su obra.

Educador, formó a varias generaciones de hombres que tuvieron papel destacado en la política, en las letras y en la sociabilidad. Su acción, en ese sentido, influyó poderosamente en la vida nacional de Chile y en sus reflejos sobre América en época de auténtico predominio espiritual chileno. Escribió tratados, publicó textos educacionales, encauzó inteligencias.

Internacionalista, en la Cancillería de Santiago dirigió la política exterior de Chile desde la muerte de Portales, por espacio de más de veinte años y le dió un sentido de austera dignidad, de fraternal americanismo. Acaso el único error en su labor ministerial fué no haber concedido oportunamente a las diversas gestiones de unificación sudamericana realizadas en su tiempo, el interés que merecían, aun cuando tales gestiones fueron parciales y veladas; pero de su adhesión al principio unificador, que tan gloriosamente sustentara Vicuña Mackenna años más tarde, se hallan no pocas huellas en sus

escritos. Era tal su penetración diplomática, empero, que el Congreso de París de 1856 incorporó a sus acuerdos dos disposiciones, encaminadas a humanizar la guerra y a proteger el comercio de los neutrales, que Bello había insertado hacía tiempo en el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre Chile y Perú.

Estando en la Cancillería, dió a luz en 1832 sus *Principios de Derecho de Gentes*, obra notable que en ediciones posteriores llevó el nombre de *Principios de Derecho Internacional* y cuyas doctrinas sirvieron más tarde de texto en la Universidad de Chile. Ese tratado hizo carrera en el mundo y llegó a sentar cátedra oficial en muchos pueblos americanos.

La influencia ejercida por Bello en una etapa importantísima del desarrollo chileno, nos ha movido, dentro de la historia nacional, a bautizar el espacio de tiempo que va desde la muerte de Portales hasta el término de la Administración Montt, con el nombre de *Período de Bello*, como podrían bautizarse con el de *Período de Portales* los años de gobierno de este hombre notable, y con el de *Período de Vicuña Mackenna*, el ciclo histórico que se inicia en 1859 con «La Asamblea Constituyente» y termina en la guerra del Pacífico.

La intervención de don Andrés en la política interior de Chile fué menos afortunada. Designado senador casi por decreto, pues el partido dominante hacía las elecciones en el despacho del jefe del Estado, ocupó un asiento en el Congreso desde 1837, conservándolo en varias legislaturas. Desde ese sillón — y fué excusable, si se considera la dura vida de Londres y la proximidad de la vejez en condiciones económicas que sólo le fueron del todo favorables en los tiempos postreros — tuvo la debilidad de apoyar diversos proyectos del gobierno que eran impopulares y venían a herir legítimos derechos ciudadanos. Pero, a fin de hacer la parte grande de una tarea, ¿no es lícito, de cierto modo, transigir en cosas y aspectos secundarios?

Legislador, la labor del maestro alcanzó proporciones enormes. Bastaría recordar que el Código Civil Chileno, producto de largos años de paciente estudio, fué su obra casi exclusiva. Escrito en estilo admirable, concebido y redactado con extraordinaria claridad en las ideas y en su expresión, ordenado de modo lógico y discreto, original en muchos aspectos, el

Código chileno era trasunto, no de la evolución social de la época — en un sentido diverso del que supone Lastarria, para quien ésta era más avanzada en Chile que su nueva legislación, en punto a libertades individuales y sociales del hombre moderno — sino del espíritu que informaba al régimen imperante, a los conductores de la oligarquía conservadora en pleno apogeo de dominio. Y el de esa oligarquía era espíritu eminentemente práctico, y quería, ya que no en lo político, pues se hallaba constituida en tutora de lo que conceptuaba una sociedad en minoría de edad, al menos en el orden social y familiar, darle sólidos cimientos. Ello, dentro de las modalidades de la civilización y de la sociedad burguesa. El éxito del nuevo Código fué tanto más grande cuanto más completa, lógica, bien ordenada resultó dicha interpretación. Desde luego influyó, de modo parcial o total, en la legislación de casi toda la América latina; y esa es la mejor prueba de su eficacia dentro de una época y de su valor histórico y social.

Reformador, Bello realizó profundos y filosóficos estudios lingüísticos, y en el terreno gramatical llevó a cabo una tarea de alcance revolucionario. Acaso en los trabajos de este orden, que son los que han dado a su reputación una mayor trayectoria intelectual, reside uno de los más altos esfuerzos de su genio. Sus reformas ortográficas fueron adoptadas oficialmente por Chile y de acuerdo con ellas se imprimieron las obras de todos los grandes maestros chilenos del siglo XIX.

A comienzos de 1847, salió a luz la *Gramática de la Lengua Castellana*, obra de la cual se han hecho ediciones innúmeras, mereciendo el elogio de todas las autoridades idiomáticas, desde Menéndez y Pelayo y Rufino José Cuervo, cuyas *Notas* son maestras, hasta el notable escritor colombiano Marco Fidel Suárez. Este último consagró a dichos trabajos un libro, tenido por clásico hoy (*Estudios Gramaticales. Introducción a las obras filológicas de don Andrés Bello*) y en él se leen estas apreciaciones: «Nuestro sabio creó un sistema gramatical propio, completo y científico; estableció un nuevo método de declinación; inventó la admirable teoría del verbo; consignó nociones exactas sobre cada una de las partes del discurso; fijó puntos que eran antes problemáticos; expuso fielmente el uso clásico y corrigió los más notables yerros del habla castellana.» «Si en sus otras obras imitó, en ésta fué autor original; por

eso, la creemos el mejor timbre de su inmortalidad y el título más justo a la admiración con que los siglos le saludan.»

Entre los estudios lingüísticos de Bello, hay que mencionar también los *Principios de la Ortología y Métrica de la Lengua Castellana*, publicados en 1835, y su *Análisis Ideológico de los tiempos de la Conjugación Castellana*, que vio la luz en 1841.

Pensador, nos dejó un interesante tratado filosófico que la ciencia contemporánea ha estudiado con interés. En la *Filosofía del Entendimiento*, impresa póstumamente, había trabajado su autor desde los tiempos de Londres, en donde cultivara relaciones con Stuart Mill y otros filósofos ingleses. De ella ha dicho Menéndez Pelayo, que «era la obra más importante que en su género posee la literatura americana».

Crítico, algunos de sus ensayos realizados en Europa y publicados en Chile, cuentan como obras notables de erudición y sagacidad. Entre otros, destaquemos sus *Observaciones sobre la historia de la Literatura Española*, de Jorge Ticnor, insertadas en los *Anales de la Universidad de Chile*.

El literato no quedó a la zaga del internacionalista y del educador. Su obra poética, en que figuran algunas versiones notables de Byron y de Hugo, encontró su mejor expresión en la conocida *Oración por todos*, donde lo imitado supera a lo original. Añadamos *Los fantasmas*, *A Olimpio* y *Moisés salvado de las aguas*, entre lo ajeno, y en lo original señalemos su magnífico canto elegíaco *El incendio de la Compañía* y un poema que no alcanzó a terminar: *El Proscripto*. Escribió dos odas al 18 de Septiembre, unas cuantas páginas de álbum en que el buen ingenio chispea y su dramática versión del *Miserere*, compuesta en versos eternos.

El teatro también le preocupó. Tradujo *Sardanópolis* y *Marino Falliero*, de Byron, y *Rudens*, de Plauto, obras de las que sólo han quedado fragmentos. En 1839 fué estrenada una versión suya de *Teresa*, drama en prosa del autor de *Los Tres Mosqueteros*.

Aun hay que anotar sus actividades como periodista. Dirigió *El Araucano*, órgano oficial del gobierno de la Moneda, y desde sus columnas hizo verdadero apostolado de divulgación cultural y libró campañas memorables en pro de la supresión de la censura literaria y en favor de la difusión de los espectáculos teatrales, que consideraba excelentes vehículos edu-

cativos. Fué, puede decirse, el fundador de la crítica teatral en Santiago

Y llegamos a la más notable de sus obras, a la que más ha perdurado, a la que extenderá su nombre gloriosamente a lo largo del tiempo infinito: la Universidad de Chile. Fundada en 1842, gracias al espíritu progresista del Presidente Bulnes y de su Ministro de Instrucción Pública, don Manuel Montt, no menos que a la tenacidad de don Mariano Egaña, el nuevo instituto, plasmado — dentro de lo posible y en tremenda lucha con las fuerzas reaccionarias — en las modalidades del espíritu de don Andrés, abrió sus puertas el 17 de Septiembre de 1843. Ese día, en los viejos claustros de la antigua Universidad de San Felipe y ante todas las corporaciones del Estado reunidas para escucharlo, el maestro pronunció su histórica oración inaugural. En ella trazó rumbos de estudio y de tolerancia, que presiden todavía la labor de sus aulas. «La libertad, dijo aquella tarde, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otro a la desarreglada licencia que se revela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será, sin duda, el tema de la Universidad en todas sus diferentes secciones.»

Designado Rector por decreto y reelegido varias veces en dicho cargo por el claustro pleno universitario, Bello permaneció a su cabeza hasta el día postrero. Y a lo largo de un cuarto de siglo casi completo, desarrolló una labor cuyo mérito y dificultad sólo pueden ser apreciadas en relación con el ambiente semi-colonial en que hubo de actuar. Bajo ese fecundo rectorado, la Universidad chilena llegó a ser la más notable del continente y por ella pasaron los hombres más ilustres de nuestra historia.

Todos esos trabajos, todos esos títulos, todo ese enorme esfuerzo humano, realizado con prudencia y tacto asombrosos, en una época difícil, no siempre pacífica, lo señalan a la consideración de América con el título de Civilizador, que le corresponde en buena justicia, junto con otros grandes americanos que le sucedieron en el tiempo.

Volvamos ahora los ojos al hombre. Levantemos ligeramente el velo de su vida íntima. Sobrio, modesto, trabajador sin

fatiga, frugal en el vivir (como se exceptúen el regalo de la cocina criolla, tan abundante en el siglo XIX, y el hábito de fumar enormes habanos, que siempre tenía encendidos), su tiempo corrió por largos años entre las atenciones educacionales, el servicio de la Cancillería, la asistencia al Senado, y las veladas reconfortadoras del hogar. Fué el suyo selecto como pocos. En él brilló un grupo de hombres dotados de cultura excepcional y de mujeres en que la belleza y el infortunio se aunaron. De los hijos, Carlos, fino, apuesto Brummell de su tiempo, alcanzó prestigio literario; Juan sobresalió en la diplomacia; Francisco, el mayor, de hermosa estampa romántica, fué poeta, sabio y latinista consumado. Todos salieron con prisa de la escena. No fué más larga la vida de las mujeres. Ana, Dolores, Ascensión... brillaron un minuto, agitaron el abanico en la gracia de los saraos, se asomaron al amor, y la sombra se extendió sobre la fresca y dulce ronda de las muchachas en flor.

Pasaron. La muerte parecía cebarse en cuanto amaba, pero el maestro, resignado como un héroe antiguo, volvía a inclinarse sobre los papeles y los archivos, apurando en silencio la copa amarga de su destino.

Asaeteáronle los dolores y las injusticias; la calumnia le turbó alguna vez; muchos, acaso los más, no le comprendieron, pero nada pudo detenerlo en su camino.

Tuvo grandes y buenos amigos y le fué cordial la vieja aristocracia chilena que habitaba casonas de patios enormes y huertas perfumadas. En las antiguas «cuadras», con clavicordios y pianas, las tertulias eran gratas, las horas se deslizaban breves en el humo de los habanos. En el campo, en el parque de Peñalolén que Egaña habitaba, brotaron algunos de sus poemas.

Fué corriendo la vida. Los honores llegaban en tropel. Al respeto de las esferas oficiales, siguió la simpatía de la sociedad toda y finalmente el amor de un pueblo entero. Y del mundo distante volvía reflejada su propia gloria, pues los gobiernos extranjeros le designaban árbitro en litigios internacionales.

Con el atardecer vinieron los achaques, hasta confinarlo en su casa de la calle Catedral, en donde transcurrieron los últimos días al amparo de la biblioteca, entre esos compañeros de siempre, que fueron los libros, Chabela, su hermosa nieta

adolescente, y Micifuz, el gato familiar, fiel como nadie lo había sido y al que hemos consagrado alguna página.

Así, en blanda paz y amor, le sorprendió la última enfermedad. En Septiembre de 1865 una fiebre lo postró.

En el dormitorio de Bello se dieron cita los amigos y los dioses. Don Andrés, delirante, viajaba por el mundo ideal de los sueños sin realidad y mientras sus ojos, abiertos a las grandes visiones eternas, contemplan cómo los personajes del mundo antiguo escalaban las paredes, brotaban del techo o descendían en tumulto por las cortinas, de sus labios comenzaron a escapar versos de Virgilio y del viejo Homero.*

* Obras de Eugenio Orrego Vicuña sobre

Bello:

Don Andrés Bello. Un volumen. (Universidad de Chile: tres ediciones).

Bello y Bolívar. Correspondencia reunida y anotada. (Universidad de Chile).

Andrés Bello. Itinerario de una vida ejemplar. (Universidad de Chile.)



Bernardo O'Higgins

Retrato que perteneció a Vicuña Mackenna
Original de José Gil